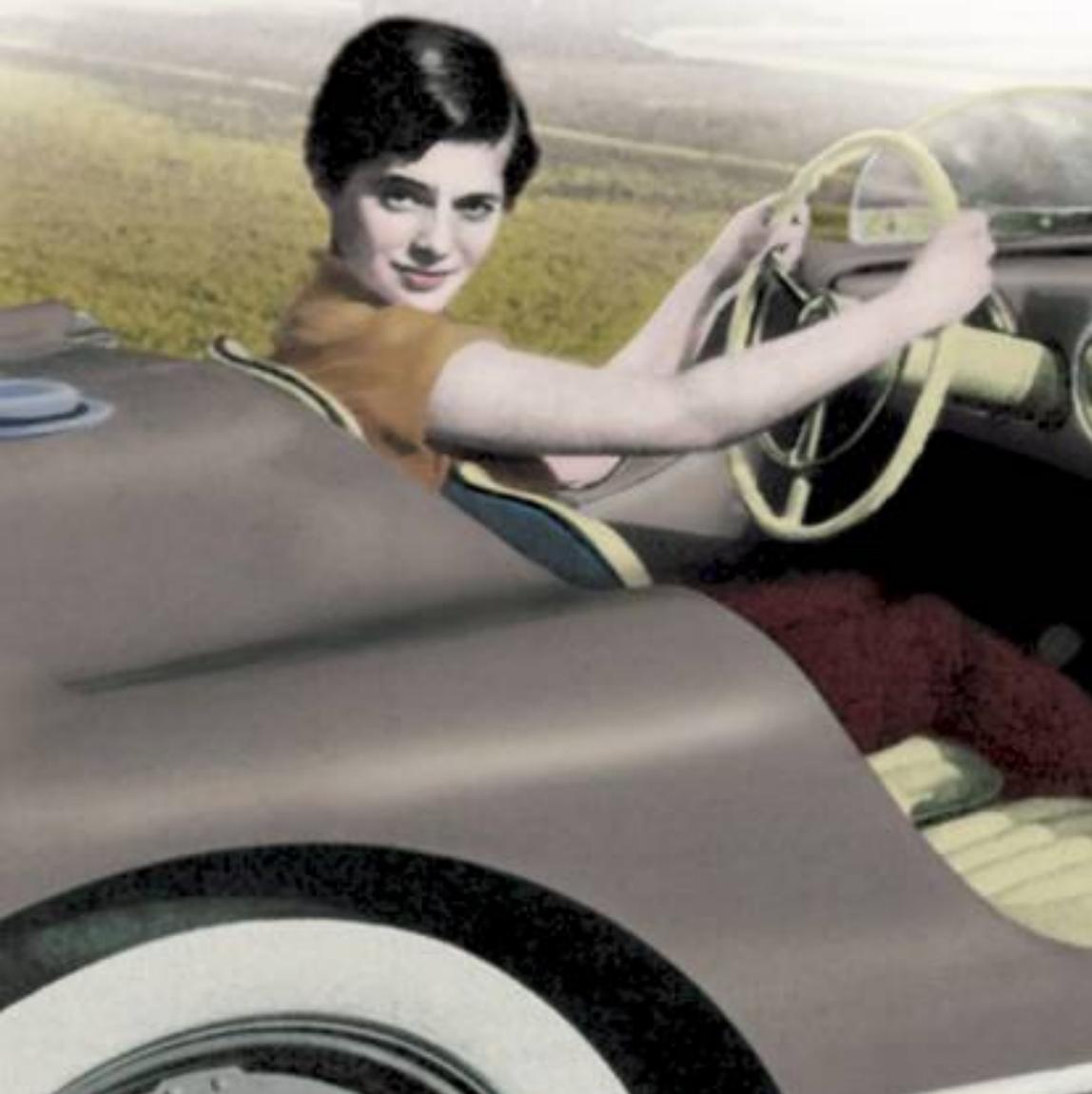


Vicente Muleiro

La niña de sus ojos



Corre el año 1953 en la Argentina. En la Quinta de Olivos, las jovencitas de la UES se disputan la mirada del General, pero solo una logra ser la elegida. Tras cruzar unas palabras, la adolescente de catorce años se ilusiona y espera la llamada que confirme lo que todos sospechan, incluso sus compañeras. Y la llamada llega, y se suceden el juego de seducción, los sobreentendidos y las promesas. Luego vendrán los paseos en la Siambretta color crema, la primera Navidad compartida, el anillo de oro, el permiso de ver al presidente cuando ella quiera, los besos y la intimidad, las noches en el Palacio Unzué. Tras la muerte de Eva y hasta que se produzca su violento derrocamiento, Nelly Haydeé Rivas será para Perón su amante niña, su Nelita.

Han pasado varias décadas y, en lugar del Palacio Unzué, ubicado en la gran manzana comprendida entre las calles Agüero, Alvear (la actual avenida Libertador), Austria y Las Heras, ahora se levanta la Biblioteca Nacional. Es allí donde comienza esta historia, narrada por el sobrino de Blas, el cocinero de la residencia, quien va al rescate de las versiones y rumores que tuvieron lugar con la llegada de Nelly al palacio afrancesado. Las insinuaciones iniciales, los pretextos para quedarse a dormir, el tácito consentimiento de sus padres, el propósito de convertir al General en su hombre y también la condena social, la separación forzada, los interrogatorios, la lealtad y el odio.

No siempre un autor encuentra el tono y el ritmo más adecuados para contar una historia que ya en sus orígenes era interesante. Vicente Muleiro lo ha logrado en estas páginas. Como señala en la nota final, «La niña de sus ojos es, plenamente, una novela, aunque por sus páginas transcurran sucesos históricos y personalidades reconocibles de la vida política argentina».

Índice de contenido

Cubierta

La niña de sus ojos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Nota del autor

Sobre el autor

1

Es acá, sobrina, donde se levanta ese elefante de hormigón. Ahí vivieron. Desde ya, no en este cuadrúpedo cargado de signos, la Biblioteca Nacional, construida con una forzada modernidad destinada a envejecer al día siguiente de su inauguración. No. En el Palacio Unzué, emplazado entonces en esta gran manzana: Agüero, Libertador –que en este tramo se llamaba Alvear–, Austria y Las Heras. Ahí vivieron, y ahí trabajó mi tío y tu tío abuelo Blas, un personaje al que llegué a conocer. ¿Qué se puede ver que ellos también hayan visto? Un ejercicio posible: contemplar las copas de los árboles que persisten y se trenzan en lo alto, tener la suerte de que la brisa del río solape la cara y el pecho mientras se mira hacia arriba, dejándose encandilar por las fugaces estrellas solares que se filtran en la espesura. Puede que Perón y Nelly hayan compartido esas suaves epifanías; puede que Perón, contaminado por la adolescencia de ella, haya sentido otra vez la libertad intemporal de una promesa.

Acá es. En la barranca que cae hacia la avenida quedan restos del jardín que diseñara Rubén Darío. Pero las plantas de ámbar que el poeta hizo sembrar ya no están; las veinte palmeras arracimadas sobre el estanque esfumado, tampoco; al pino inclinado con claveles del aire que besaban el tronco, no se lo ve. Es sobre esa pared de enfrente que alguien escribió «Viva el cáncer» cuando Eva agonizaba a unos pocos metros. Nelly no se propuso reemplazarla. Tenía apenas catorce años cuando se instaló en el Pala-

cio, a principios del 54, pero suficiente lucidez para darse cuenta de que por ese camino no lo iba a encontrar a Perón. Ella le ofrecería otras pulsaciones de la devoción.

Del Palacio Unzué, estrictamente de la planta del Palacio Unzué, no queda nada. Sobre la calle Austria, el Instituto Nacional Juan Domingo Perón, y el café donde él, muñeco de mármol, sonríe desde una mesa, no son restos de aquella construcción porque todo fue condenado al derribo. Rugientes excavadoras y rencorosas piquetas ascendieron a los trompicones por la barranca con el objetivo fundamental de aniquilar a sus fantasmas por orden del general Pedro Eugenio Aramburu, que detentaba la presidencia. Durante su enfermedad, Eva había desatado también aquí las desmesuras de su entrega fundacional. Cuando agonizaba en su cuarto del primer piso, los umbrales de la residencia se convirtieron en un centro de peregrinación y de vigilia; tras su muerte, fue uno de los santuarios donde muchos trataron de enjuagar una pena huérfana.

Si buscás en Internet, podrás encontrar la filmación, de poco más de un minuto, de la demolición aquella. Con voz deportiva y celebrante, el relator del noticiero cinematográfico presenta la destrucción como un inevitable capítulo del progreso urbano. Las paredes caen como bombardeadas desde las costas de Normandía, en el ámbito estallan los bloques de cemento contra el piso y un polvo de muerte ocupa el espacio. No es fácil suponer qué habrá encontrado aquella brigada salvaje. ¿Manuales de historia militar en la biblioteca? ¿Un triste zapato de tacón? ¿Los lápices siempre afilados y en fila de Perón, como otro pelotón a sus órdenes? Es posible que no, que nada. Hay que recordar que, tras el golpe del 55, grupos de saqueadores ingresaron como un tropel de furia a robar y a burlarse de la intimidad de los derrotados y los muertos. El vestuario de Eva fue conservado para su exhibición insultante, para que la plebe supiera de los lujos y exorbitan-

cias en las que pueden caer los resentidos y las putas cuando el poder y los amasijos de la historia les dan un lugar.

Pero no saben, no tienen ni idea de hasta dónde pueden llegar dos guachos –como Perón y Eva– si les es dado disfrutar de sus conquistas en un palacio afrancesado, como el Unzué, comprado por el Estado nacional para salvar a unos ricatólicos en desgracia y destinarlo a residencia presidencial, con sus insomnes leones de piedra blanca, su galería flanqueada por columnas de gloria, su majestuosa escalera en Y. No saben: Perón y Eva se trepaban a las barandas de esa escalera y reconstruían allí los juegos de toboganes placeros que no habían disfrutado a su debido tiempo. La ausencia de infancia la prolonga para siempre, dijo un poeta diestro en paradojas.

Desde el primer piso se montaban en las barandas, él a la derecha y ella a la izquierda. La voz de partida la daba ella, porque decía que siempre era justa y que, en cambio, él era ducho en triquiñuelas. Se lanzaban a caballo desde la baranda y llegaban al unísono, o sea que la diferencia sobre quién de los dos apoyaba primero el pie era de décimas de segundos. Perón cantaba *¡gané!* y Eva protestaba. En esas competencias los encontró una vez el padre Leonardo, que llegaba a intercambiar opiniones sobre conflictos terrenales. Eva le exigió: *Padre, usted se me queda en la punta de la escalera y dictamina, como si fuera la voz del Señor, quién de los dos pone primero el pie en el suelo, porque este es un vivo.* Y el cura los vio: dos saetas sonrientes, zigzagueando sobre los pasamanos redondeados de mármol, sin concederse nada, concentrados, sin mirarse siquiera de reojo para hacerse de la contienda. *¡Perón!*, cantó el cura. Él se dejó ganar la siguiente carrera, pero Eva se dio cuenta y le dio un ataque de furia.

La misma sensación de frescura y clandestinidad sentían acaso cuando se preparaban para salir a una función de gala. Perón, con frac; Eva, con el calce de un vestido di-

señado en Europa. *Van a decir de todo, menos que esta ropa no nos queda bien.* Y partían del brazo y abrazados por el mismo burbujeo pecador, por la certeza de compartir una agradable sobrecarga jocosa al saludar al personal de Cancillería, a los dignatarios del cuerpo diplomático.

Esos juegos, y otros más graves, se derrumbaban junto con los espléndidos balcones que se habían dejado acariciar por el jardín; se hacían humo como las alfombras persas y los cortinados que alguna vez habían enmarcado la pose radiante de Eva. En esas semanas de demolición alguien creyó escuchar su gemido por las noches, pero se trataba de roces del viento entre las paredes despeñadas, soplos de brisa sobre los pedazos de una puerta que, en lo alto, daba al vacío sobre la calle Austria, extrañas figuras de derrota aptas para la circulación de espectros, hasta que al día siguiente esos restos de vida habitada también caían bajo el dictamen de una masa vengadora.

Pero el encuentro de Nelly con Perón no se produjo allí. Se produjo en la Quinta de Olivos, entonces residencia de descanso para los fines de semana e, impensadamente, una de las sedes de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), en este caso para el recreo de las señoritas, según la iniciativa del ministro de Educación, Armando Méndez San Martín, quien había cargado sobre sí la responsabilidad de distraer a su jefe tras la concentrada soledad que respiraba luego de la muerte de su mujer.

Nelly, Nélide Haydeé Rivas, *Nelita*, vivía en San Telmo; era la hija de la portera de una casa de departamentos en Chacabuco al 1200. Había crecido en las penumbras sepias de un hogar pobre y concurría al segundo año del colegio profesional, que entonces preparaba a las mujeres en el arte de dejar caer una milanesea en la sartén y en las murallas defensivas de su monte de Venus. Sin proponérselo, Nelly gozaba de un raro ascendiente entre sus compañeras que estaba dado por su circunspección, la firme-

za de sus palabras, su seguridad motriz y la capacidad resolutiva para las nimiedades de la vida escolar.

No le había dicho ni a sus padres, ni a sus más cercanas compañeras de curso, que acariciaba el deseo de entregarse al Señor, que la indefinible intensidad con que cargaba su persona requería una resolución fuerte, con alguna variante del absoluto. Ese absoluto no podría ser otro que Dios mismo. Los espacios de consagración deberían ser amplios, silenciosos y secretos como un templo, lejos del rumor humano; su hábitat cotidiano, una celda donde no entrara una mota de polvo; su cuerpo, una piedra blanca, lisa e ignorada. El rumor mental de su solipsismo se complacía con esas imágenes pero, al contrario de su impulso immaculado, las vísceras le respondían a su imaginación con un cosquilleo indefinible que subía y bajaba de su vientre a su garganta, de su garganta a su vientre.

Cuando el curso tuvo que elegir a la delegada de la UES, su triunfo no deseado fue cómodo: era la chica más carismática, aunque ese carisma no se apoyara en despliegues jocosos o liderazgos sonoros. Se negó a aceptarlo, mirá vos. No estaba en el mundo para los esparcimientos deportivos y los cielos abiertos. Pero los maestros y los padres coincidieron en que una apertura a la expansión corporal podía combatir cierta palidez que a ellos les preocupaba. Decidió probar para complacerlos, con la salvedad de que, si la actividad le disgustaba, renunciaría de inmediato.

Perón eran dos sílabas vibrantes en la casa de Nelly, en ese cuarto de prestado al que el padre llegaba de la fábrica de chocolates Noël y donde la madre descansaba de sacar brillo a los corredores. Era, Perón, alguien a quien borrosamente se le debía la digna subsistencia, pero más aún la promesa de salir alguna vez de ese cuartucho donde los tres se escuchaban la respiración por las noches, acostumbrados ya al aroma de sopas o fritangas que se-

guía flotando a la hora de conciliar el sueño. En algún lugar, a Nelly le importaba más conocer al Presidente, ese mito casero, que hacer deportes, subirse a una motoneta o respirar hondo, entre la arboleda, el aire rioplatense.

Al llegar se sintió incómoda entre ese enjambre que tintineaba en la quinta, indiferenciada entre otras que evolucionaban como dueñas de casa, que encestaban en el aro de básquet como si hicieran un trámite. Perón se acercó en moto a la cancha, las chicas lo rodearon y él se dejó lisonjear. Nelly no esperaba tanto. *¿Así que tenemos amiguitas nuevas hoy? ¿Cómo te llamás?* Ella no creyó que era la destinataria de la pregunta; no era posible, había escuchado mal, se había equivocado; la emoción le confundía las percepciones. *¿Cómo te llamás?* Ahora estaba claro, una de las compañeras que la flanqueaba la pellizó para que reaccionara.

Pero la insistencia del General le había puesto un candado a su voz, le había pintado la cara de rojo y le había provocado un retemblor en las piernas y en el estómago. Ella, que no era tímida, estaba súbitamente flotando por fuera del sistema solar. Hubo una tercera pregunta de Perón, y ahí se obligó a levantar su rostro encendido y a decir su nombre.

El resto del día fue una larga emoción aislada. Los árboles no tenían contorno, las chicas eran una mancha difusa de piernas blancas y uniformes azules. De vez en cuando, alguna se acercaba para confirmarle: *Te fichó, te fichó. Y cómo te fichó.* Nelly se confrontó con nuevos dilemas: dónde podría quedar el domicilio de la vida después de ese episodio, cómo sería hacer algo que no fuera pensar en Perón, cómo difuminar la presencia de ese hombre que ya la había humedecido, cómo vivir en la espera de una determinación cuya negativa solo le sonaba como la variante de una derrota sin contorno. Pero iba a tener que acostumbrarse a cargar con su cuerpo, a soportar distancias y miradas de envidia, a abismarse de regreso en el

ómnibus, a desplegarse con una locuacidad inhabitual al llegar a su casa y hablar hasta por los codos con sus padres, que le preguntaban una y otra vez cómo era Perón, cómo estaba vestido, qué habían almorzado y rogarle que repitiera.

¿Así que tenemos nuevas amiguitas hoy? ¿Cómo te llamas?

Nelly no hubiera podido contar jamás cómo fue esa primera semana de espera y niebla mental porque casi no podía contárselo a sí misma. Los días pasaron como difusas estaciones en las que el tren no se detenía. Más reconcentrada que lánguida, imaginó un asalto. Era imposible que ese abrazo que había comenzado a bosquejar no sucediera. Las riendas las tenía ella y no las iba a soltar.

En las visitas que siguieron Perón la tenía en su radar. Distinguía su pelo negro, el vuelco generoso de su labio inferior, la mirada que siempre parecía cargar con una pregunta o una prefiguración, la lenta precisión de sus movimientos, el aire ausente e insumiso que le daba a su tirante juventud cierta cualidad intemporal entre una multitud de avispas voladoras sobre el césped de la Quinta de Olivos. Pero el minué de aproximación era decididamente mutuo y se pertrechaba con coincidentes miradas de reojo, gestos disimuladamente dedicados, guiños y calculadas indiferencias. Él apresuró esa danza: la sentó a su lado en un almuerzo y entre anécdotas banales y comentarios sobre las actividades deportivas tuvo la información completa sobre la niña y hasta el número de teléfono para entregar novedades sobre un lanzado y directo pedido de ella: una casa para sus padres, que avanzaban hacia la vejez en un ambiente oscuro y prestado de San Telmo. Nelly comenzó a sentir el redoblado acoso y la animosidad de sus compañeras de la UES: preguntas, desplantes, vacíos, más preguntas. Sus compañeras intuían que, por alguna razón incógnita y difícil de determinar, Nelly era la elegida. Su dependencia emocional de las aproximaciones de Pe-

rón teñía la totalidad de los días, gobernada por un estado de sobreinterpretación en torno de cada uno de los pasos de él. Su afán religioso se disolvió: todo el vapor pasional hacia un Dios tan potente como elusivo se desplazó a un cuerpo y a una persona.

El Ministro de Educación tomó nota de la franca elección de su jefe por esa chica a la que él no le adivinaba ninguna cualidad.

Méndez San Martín había creado la UES para el solaz de Perón, para que diluyera su soledad y sus preocupaciones políticas entre un enjambre de adolescentes dispuestas, pero no para que de allí apareciera una reemplazante de la irremplazable, su jefa e idolatrada Eva Perón. Tampoco para que una mocosa de 14 años se saltara su autoridad, su papel de filtro de las relaciones del General, con un arrojo y una confianza que lo descartaba.

Tomó medidas: un sábado a la mañana en la entrada de la quinta, un esbirro, el Molusco Lombardi, obeso, semicalvo, grosero, intimidatorio, le pidió a Nelly el carné de la UES, se lo retuvo, lo observó un segundo, le mintió que estaba vencido y lo rompió delante de sus ojos nublados. Sus compañeras pasaron corriendo como un ventarrón de jolgorio y ella se quedó sola, en la puerta de ingreso, hasta retirarse lentamente por la avenida Maipú y regresar a su casa con un plan inconmovible en la cabeza, que concretaría, con cálculo, a las dos semanas: dos compañeras distrajeron a la guardia que, además, ya no la esperaba. El Molusco no estaba entre los controles, y se introdujo en la quinta. Sabía con exactitud el camino que tomaba Perón después de acelerar en su Siambretta.

Ella aguardó sentada en el césped y le clavó los ojos apenas él dejó atrás la curva. Esta vez Perón fue parco pero rotundo: le dio su teléfono directo, el del dormitorio del Palacio Unzué, y le dijo que ante cualquier nuevo problema lo llamase, también que él se iba a encargar de ubicarla.

Nelly, la imaginación de Nelly, los palpitos de Nelly no necesitaban nada más mientras la moto se perdía entre los senderos arbolados a la búsqueda de esa jarana de ninfas en la que él se sumergía los fines de semana.

Por unas jornadas, la vida de Nelly fue una guardia pasiva de esa llamada. Al cuarto día, Atilio Renzi, el asistente más fiel de Perón y mayordomo del Palacio Unzué, fue quien le avisó que en unos minutos pasaría a buscarla un auto. Tuvo tiempo para arreglarse con menos escozor y menos exigencia que la que proponía su madre. Atravesó la ciudad repitiéndose la certeza de que él la tenía presente. A cara limpia aspiró la tensión que flotaba en el despacho de Perón, con un Méndez San Martín verde y un Mollusco Lombardi acorralado por el temor de un castigo. Perón la saludó con una sonrisa de bienvenida. *¿Vieron que estaba la nena, vieron que no había desaparecido? No escuchó las explicaciones de su ministro y su guardaespaldas porque sabía que eran todas falsas y les pidió que se retiraran como quien dicta una condena. Nunca te vi subir a una motoneta. Estoy esperando que usted me enseñe. Te voy a enseñar.*

Y ese sábado, en Olivos, Perón apareció montado en una Siambretta color crema para frenar en un apartado cruce de caminos que comenzaba a ser de ellos. Nelly había decidido no vestirse con el uniforme de la UES: llevaba un solero que le remarcaba los senos y descubría sus hombros. Su cabellera negra, corta, ondulada, se disponía como la de una mujer hecha que aún no era. Perón le dijo que la pollera de su vestido no era la mejor prenda para tomar clases de motociclismo, pero igual ella accionó el pedal con fuerza y se concentró en las instrucciones. Un vals de roces de mejillas, de brazos, de breves risas y de súbitas circunspecciones armaron una suave y sobreentendida sintaxis carnal. Ella, que no era la mujer más hermosa de la comarca, se sabía, sin embargo, fresca y espléndida. Exactamente así la percibió él.

2

Sobre cómo y cuándo Nelly plantó sus reales en el Palacio Unzué hay más de una versión. Quizá todas sean un poco ciertas, acaso alguna tenga falsos detalles, pero entre ellas se arma la verdad incontrastable: la convivencia de la pareja en la residencia presidencial.

Antes de mandarse sola había concurrido en grupo con sus compañeras de la UES para quedar, como todas, más embobadas con el vestuario de Eva que con los salones principescos de la planta baja. Pero la primera visita personal y la treta que le permitió quedarse tienen que ver con los famosos caniches que le había regalado el empresario Alberto Dodero a Eva y a los que tanto se había aficionado Perón. Ambos se infantilizaban con esos perros, eso se notaba hasta en los nombres *Monito* y *Tinolita*. Perón no se desprendía de ellos una vez que salía de la Casa de Gobierno. Los fines de semana se los llevaban a Olivos, y una de las chicas era consignada para retornarlos al Palacio el domingo a la noche. Todas aspiraban al encargo y en un atardecer esperado Nelly fue la elegida. Ella sabía que debía ir más allá de su misión, que depositar a los perros y volver sin más a su casa de San Telmo sería una derrota. Entre Olivos y Barrio Norte acarició a los lanudos y su estratagema.

Cuando se bajó del auto el mayordomo merodeaba en la entrada.

Ella le dijo que los dos tenían moquillo y recibió la esperada orden de quedarse a cuidarlos. Mientras ascendía

las escalinatas, Nelly clavó una frase en su cabeza: *De acá no me sacan más*. Y terminaría siendo cierto, aunque no en los tiempos idealizados por ella. Esa misma noche Perón le ordenó a Atilio Renzi que tomara el teléfono, luego de que ella hablara con sus padres, para reafirmar que Nelly pernoctaría allí, con él como garante. Le destinaron un cuarto por el que avanzó en puntas de pie. El cuarto de Eva, un espacio sacralizado por la devoción y la muerte. A pesar de la ebullición emocional y hormonal que le entregaba el triunfo de cruzar la noche, pared de por medio, con Perón, su exaltación y su insomnio se poblaron de notas graves. Era demasiado aquello que también era cierto. Pero su ambición de máxima, excesiva, desubicada, no se cumplió en la ocasión y retornó casi sin escalas a su casa cenicienta.

Quizá hubo algunas visitas espaciadas al Palacio, acaso cada quince días Nelly subía aquellas escaleras en Y. Pero la progresión de acercamientos no se dio allí sino en Olivos, donde Perón seguía distinguiéndola. Él decidió celebrar la Navidad en la Quinta, en compañía de sus chicas y algunos colaboradores. Volvió a sentarla a su derecha. Después de las doce todas corrieron hacia sus regalos, algunos ampulosos; no el de Nelly, un anillo de oro al que ella le otorgó una carga tan premonitoria como la frase de despedida que él le dedicó: *Usted puede venir a verme cuando quiera*.

Nelly se propuso que la cena se reiterara en Año Nuevo. Su padre era un escollo; a cambio de su ausencia en la mesa de Navidad, ella había pactado que recibirían juntos el año 1954. Lo enfrentó con la consecuencia prevista, porque don José desató todas las sospechas acumuladas, un remordimiento confuso —y por eso más agresivo—, pues en algún lugar se enorgullecía de que su hija aleteara en torno al Presidente. Ella pasó de una defensa inocente a otra enjundiosa: gracias a las gestiones de ella, sus padres se mudarían pronto a una casa de Sarandí y, más

aún, gracias a lo que Perón hacía no solo por ellos sino por todos los trabajadores. Él no tenía nada para ofrecer a cambio, salvo la pretendida defensa del honor de su hija; la madre mantuvo un silencio neutro. José se conformó con la promesa desvaída y sobreentendida de que entre el General y su hija no había vida sexual.

Aunque Perón aceptó la sugerencia sobre el festejo del Año Nuevo, tomó sus recaudos: no sería en la Quinta de Olivos –hacia donde muchos dirigirían sus miradas por si se reiteraba la sospechosa cena navideña–; no sería a solas con ella; cuatro chicas más, hijas de amigos, lo acompañarían a San Vicente, la casa de descanso que había compartido con Eva. El pacto implicaba que todas permanecerían hasta los primeros minutos del nuevo año. Luego serían repartidas en las casas de sus padres.

Pero ella se animó a un lance bravo: le pidió a Perón quedarse a dormir allí. Él aceptó con la condición de que se quedaran todas, las cinco. Cada una de las invitadas telefoneó a su casa y la noche se extendió en San Vicente, a resguardo de un asalto solitario de Nelly. Ella tomó nota: Perón le temía a esa escena, el juego de cercanías era bastante más complicado de lo que había previsto.

Mientras el calor abrazaba los primeros días de 1954, se martirizó con la sospecha de que él se le escapaba, de que había tomado la determinación de no poseerla. Intuía los rumores de su deseo, percibía el leve zamarreo emocional que siempre le generaba su aparición y creía que, consciente de eso, él había optado por contenerse. A los pocos días sus temores se corroboraron: él no concurrió los dos primeros fines de semana del nuevo año a la Quinta de Olivos.

Algunas chicharras rumoreaban en el parque del Palacio Unzué cuando ella se anunció en el penúltimo mediodía de enero. Perón no se asombró y la invitó a almorzar. El hilo tenso que los unía se deshilvanaba muy lentamente. Nelly, de vacaciones en el Colegio, se convirtió en la